

LA JUSTICIA DE LOS JERARCAS

Rima de Vallbona

El séptimo ángel tocó la trompeta, y oyéronse en el cielo grandes voces, se decían: ya llegó el reino de nuestro Dios y de su Cristo sobre el mundo, y reinará por los siglos de los siglos. Los veinticuatro ancianos, que estaban sentados delante del trono de Dios, cayeron sobre sus rostros y adoraron a Dios.

Apocalipsis, 1:15-16

El año mil novecientos noventa y nueve, a los siete meses, / del cielo arribará un gran rey de horror... / El tan esperado no volverá jamás...

Nostradamus

*En memoria de mi querida amiga
y admirada colega Nory Molina
y en recuerdo de los gratos momentos
de intercambio intelectual, risas
y sabrosas confidencias de penas
y alegrías compartidos junto
a los Lagos de Houston y en Costa Rica.*

Tres jefes de Wall Street llegaron armados de computadoras, teléfonos celulares, micrófonos, legajos de papeles oficiales y sepa judas que otros perendengues electrónicos. Primero se dirigieron al Capitolio de Texas, siguiendo el símbolo de la estrella, pero el gobernador de ese estado les indicó que no era ahí, pues se rumoraba que el novedoso burumbúm tenía lugar en una ciudad del futuro y ésta, por supuesto, podía ser Houston.

Muy encorbatados y trajeados a la última moda del mundo bursátil, los tres jefes de Wall Street traían opulentos regalos: uno, cargaba portafolios con las más jugosas acciones del momento; el otro barras de oro; el tercero barras de plata. Llegaron muy ufanos, convencidos de que tan valiosos regalos asegurarían el éxito de su misión.

Los tres eran emisarios de los archipotentados del capitalismo, fueron escogidos para tan destacada misión, por su longevidad, ingenio, riquezas y... ¡chitón!, pues podrían oírlo los enemigos del racismo: también porque representaban en toda su persona, hasta en la blancura de la piel de sus ojos, el otro sueño de quienes se creen formar parte de la utopía que han dado en llamar meritocracia; ese sueño lo expresaban en sordina para que los otros, los que integraban la apóstosa banda de intrusos emigrantes, no lo oyeran y fuesen a provocar más líos con los defensores de los derechos humanos, quienes viven empeñados en meter las narices en todo lo que huelga a discriminación.

Los tres jefes fueron recibidos con bombos y platillos por el Alcalde, Concejales y potentados petroleros de Houston. Abundaron los discursos y formalismos protocolares entre unos y otros. Pero bueno, ¿a qué se debe tan especial visita?, se preguntaban los anfitriones con asombro.

—En el Norte andan diciendo que por fin nació el niño tan esperado por todo mundo para nuestra salvación, ahora que se acerca el tan temido tercer milenio...— explicó el jefe de larga barba y cabellos blancos.— Comprenderán que se hace preciso tenerlo muy satisfecho para que el Cielo sea benigno con nosotros y no tengamos que pasar por tantos horrores como han venido anunciando los profetas desde el tiempo inmemorial. Por eso le entregaremos valiosísimas ofrendas, las cuales sin lugar a dudas, harán que cuando venga el Juicio Final, Él dicte una sentencia favorable para nosotros... porque ¿quién, que es, va a rechazar las riquezas que les vamos a brindar?

—¡Ya era hora de que Él se asomara por el mundo, con lo enrevesado y violento que anda todo! Queremos visitarlo sin pérdida de tiempo—agregó otro de los jefes.— ¿Podrían ustedes conducirnos a sus dominios?

Bueno, nosotros lo supimos ayer y todavía ignoramos en dónde se encuentra. Pero... ¿de veras es Él? Aquí, en Houston, ocupados como hemos estado con el juicio a la corrupción prevalente entre los mismos concejales, no le prestamos atención a la noticia, pues apareció muy pequeña, sepultada entre otras de mayor trascendencia—comentó el Alcalde.

—¿Qué puede ser de mayor importancia que la alarma que cunde de que se están cumpliendo a retajabla las revelaciones del Apocalipsis? Genocidios, bomba atómica, guerras, matanzas, armas nucleares y químicas, suelos minados, cataclismos, terremotos, diluvios, deslaves, huracanes, maremotos, ciclones, patricidios, matricidios, genocidios, el sida implacable que repele toda cura y vacuna, clonación, nacimientos "in Vitro", y para colmo de los colmos ese infame Viagra

que está desequilibrando las leyes naturales de la anatomía humana y en ocasiones multiplicando a la cuarta potencia la población mundial; todos estos desastres aumentan las miserias que nos llegan con toda una horda de hambre, huérfanos, liciados, deformaciones genéticas, indigentes, desahuciados, desempleados y retahílas interminables de atrocidades... ¿Quiere más para confirmarlo? De seguro Él ha venido a nosotros para nuestra salvación, como se anuncia en el Libro Sagrado.

Un vejete que integraba la multitud curiosa – la cual nunca falta en esas circunstancias – se aventuró a preguntarles a gritos:

–Y ustedes, catrines de Wall Street, ¿están seguros de interpretar debidamente las profecías? La decantada “salvación”, ¿de veras creen que se refiere sola y únicamente a este infame mundo material? Si es así, ¡aviados estamos los pobres, condenados en este valle de lágrimas a una deuda cotidiana para sobrevivir y encima, nunca terminamos de recibir palos por aquí y golpes por allá! Ustedes, los riquillos se pasan despojándonos de todo... Con las manos vacías, ¿qué posibilidad de salvación nos queda a los menesterosos?

Un desarrapado de la multitud le gritó a la prepotente comitiva:

–Sean buenas ondas y no nos amuelen más negándonos el Cielo prometido, ni los sueños de dicha en el más allá, ¡nuestra única y última esperanza!

Una buhonera que cargaba colgando del cuello su esmirrida mercancía de golosinas, también metió la cuchara con un sabio consejo:

–No se olviden que quien dilapida el caudal de su riqueza espiritual llega la otro mundo despojado a los únicos bienes que Allá arriba –señalando el cielo– los libraré de acabar desollados en las calderas de Pedro Botero...

Los tres jerarcas, convencidos de tener razón, y de que todo se reduce a negocios con amplias ganancias para el inversionista, a la “chusma inmundada” – así llamaron ellos a la multitud a su alrededor – dirigieron una mirada de profundo desprecio. Entonces, saturados de soberbia, se marcharon en flamante limosina negra, acompañados del Alcalde, un par de Concejales y guardaespaldas.

Se dirigieron primero a recorrer los refinados y opulentos barrios de River Oaks y Memorial, en busca del recién nacido... Preguntaron y recontrapreguntaron aquí, allá y acullá, pero nadie les daba razón del Niño, porque todos estaban ocupados en sus asuntos y un niño más y otro menos, ¿qué se ganaba con eso si es cosa de todos los días?

—Además, lo de que vendrá el Redentor para el fin del mundo, son pamplinas de pasado bíblico. ¿Que acaba de nacer? ¿Y cómo, tan chiquilín, podrá hacer algo por la humanidad, si ya estamos a las puertas del milenio? —se aventuró a comentar uno.

—Pues yo: dijo otro dándose las de gran machote a lo único que quiera en estos momentos es hacer todo lo que esté de mi parte para tener un hijo justito, cuando las campanadas del reloj repiquen el comienzo del Milenio. Mi gran sueño figurar en el el Libro de Guinness. Vayan ustedes a buscar a su presunto Redentor por otros barrios, pues en éste no hay nadie anunciándose con bombos y platillos...

La solemne comitiva preguntó a un pordiosero plantado en una intersección de las ensortijadas autopistas de Houston con un cartelón que decía: "SOY VETERANO DE GUERRA DE VIETNAM, SIN EMPLEO Y DESALOJADO, OFREZCO MIS SERVICIOS A CAMBIO DEL PAN DE CADA DÍA" El pobretón les aseguró que él sí sabía el paradero del Niño y con gusto les indicó cómo llegar ahí. Al enterarse, los tres jerarcas exclamaron a una voz:

—¿Qué nació a la intemperie, debajo de autopista?

—Esto parece una broma. Los líderes de veras proceden de familias de alcurnia y poderío —comentó el Alcalde haciendo esfuerzos para contener la risa.

Eso no fue todo. Cuando los tres jerarcas comprobaron que eran conducidos aun rincón despreciable de esta ciudad de fascinantes rascacielos, lujuriosos parques, monumentos y mansiones espléndidos, se preguntaron si aquello no era una tomadura de pelo: *¡debajo de la autopista 45, donde la ciudad expulsa todo su mugrero en terreno baldío cubierto de basuras y fetidez! ¡Al amparo de habitáculos de cartón, plástico y latas para protegerse del frío del crudo invierno, ahí dijo el mendigo que el Niño tan esperado había nacido!*

—¿Cómo? Con lo rica que es esta ciudad... ¡en este basural humano!... —protestó el más joven de los jerarcas. El de mediana edad remató su frase:

—...¿Ha nacido el Redentor en un roñoso refugio de mendigos y deshauciados? ¿Es tanta la abundancia en este mundo, que ya ni se piensa en pesebres ni establos, pero menos en esta inmundicia? ¡Es inaudito!

—Otra vez nos han engañado... —concluyó el anciano jerarca, el de barba blanca.

Mientras deambulaban entre los desalojados preguntando por el recién nacido, todos, hasta los figones que se habían unido a la

comitiva, haciendo morisquetas de asco, se tapaban las narices. Un chiquillo esquelético los llevó al lugar de los hechos: en una caja de cartón de leche en polvo, acolchada con papel periódico y cubierto por una andrajosa frazada, encontraron al niño durmiendo plácidamente. La madre y el padre vigilaban con unción su sueño.

—¿Esto? ¿Esto es lo que nos prometieron para salvar el mundo? ¿Es una burla imperdonable! —recalcaban los jefes llenos de consternación y rabia, mientras el Alcalde y los Concejales reventaban de ganas de reír.

—¿Y si en vez de una broma este fuera el Anticristo que remeda el nacimiento pobre del Mesías para que todos le creamos la supercheria?

—¡¡Siiiiii!! ¡Siiiiii!! ¡Es el Anticristo! —gritaron los espectadores.

—Es el Anticristo. No cabe duda —dictaminó el jefe anciano.

—Sea lo que sea, Cristo o Anticristo, redentor o Satanás, nuestro deber es evitar que la historia se repita. Dejarlo vivir sería despojarnos de todos los placeres y satisfacciones materiales para pasar golpeándonos en pecho con ese insoportable ¡mea-culpa-mea-culpa-mea-culpa que nos endilgan los que se hacen pasar por hombres de Dios!

Diciendo y haciendo, ahí mismo los tres jefes se pusieron sus capuchas del Ku-klux Klan y acibillaron a tiros al inocente en su caja-cuna. Un alboroto de gritos, llantos y protestas hizo eco al tiroteo, mientras los curiosos pusieron pies en polvorosa.

—Nuestros grandes líderes nacen vestidos de seda y con cuchara de oro en la boca. Un inmundo pobretón como éste, que además ¡es mulato achocolatado!, no merece seguir viviendo—. Así explicaron su fechoría los encapuchados jefes, dieron media vuelta y se marcharon muy satisfechos pues habían cumplido de buena fe con la sociedad y con la historia.

Sin pérdida de tiempo los jefes acallaron los medios de comunicación, la policía y los jueces, sobornándolos con cuantiosos obsequios y regando la noticia de que habían acabado con un monstruo apocalíptico que amenazaba contra la seguridad del Planeta Mundo.

• • •

En un destruido edificio que en tiempos inmemoriales llamaron El Capitolio, nosotros, los descendientes directos de Abraham,

encontramos una crónica manuscrita, cubierta de polvo y escrita a principios del tercer Milenio. En ella se leía, entre otras declaraciones, el siguiente e importante testimonio:

“Tres potentados jerarcas de Wall Street causaron la destrucción total del planeta Mundo al dar muerte a tiros al Niño que traía a estas tierras la misión de cambiar el curso de los nefastos acontecimientos de aquellos turbios momentos, trayendo paz, amor, solidaridad, comprensión y todo lo bueno que se había perdido debajo del manzano del Paraíso... pero ellos, los todopoderosos del materialismo imperante en esos tiempos, resolvieron escribir la historia así.”

Ahora nos toca a nosotros, esta nueva generación que sueña con un mundo mejor, el deber de no repetir los errores fatídicos del pasado...

Houston, junio de 1999